



PRIMERA PARTE
La llegada





Como el hielo y el agua, las ancianidades de padre e hija no están destinadas a convivir. Es necesario que desaparezca la primera para que se haga posible la segunda. Son lo mismo en tiempos distintos. Hechos de igual materia incompatible. Luz y oscuridad, unidas durante el breve lapso que dura la penumbra.

La mano del hombre añoso de ahora escribe sobre el hombre que ya no estará. Cada pincelada lo acerca a lo que imagina. Cada gesto es necesario y cada necesidad es un gesto.






La verá llegar desde lejos, por el camino de tierra flanqueado de ciruelos que conduce desde la entrada del pueblo hasta la casa. Se conmoverá al ver la lentitud de la hija, tan distinta del ímpetu de la infancia y adolescencia. Avanzará con los ojos entrecerrados y de vez en cuando se detendrá a mirar hacia los lados, incluso hacia atrás. Uno de los regalos que da la edad, la pausa.





Mientras escribe, Osamu no sabe todavía si volverá a verla antes de morir, no puede adivinar si Haru regresará al hogar cuando dé por terminada su ya prolongada estadía en la ciudad a la que ha ido a refugiarse de sí misma tras los años en





el dojo. Desconoce los senderos por los que su vida va a bifurcarse y sin embargo está seguro, puede estarlo, de que cuando él haya desaparecido de esta existencia con la que ahora sostiene el aliento presenciara, desde aquel otro lugar que tantas veces ha entrevisto en sus meditaciones, el último retorno de la hija al hogar. Hay círculos que sólo se cierran al recorrer una línea recta en las dos direcciones y hasta el final.



Haru observará el cerezo, antes de abrir la cancela. Sus ojos sonreirán. Suspirará. Empujará con sostenida elegancia la pequeña puerta de madera y con un gesto enérgico desenganchará el obi, trabado en la aspereza de los travesaños, que habrán pasado tiempo sin los cuidados que él les dispensa año tras año. Una brisa suave y cálida moverá las flores, alguna parecerá ir a desprenderse de su rama, como a punto de convertirse en mariposa. Será primavera, el tiempo adecuado para ese largo viaje que Haru realizará a pie y que la llevará a detenerse tantas veces en el camino, tantas veces a pedir a unos y a ayudar a otros, tantas veces a escuchar el silencio de los pasos y el sonido de la tierra.

Se adentrará la hija con calma en el jardín, que la naturaleza se habrá encargado de mantener sano aunque salvaje,

y antes de abrir la casa tras buscar la llave bajo la piedra más redonda de las tres que siempre ha habido junto a los escalones de ingreso, se acercará al estanque a ver los peces anaranjados. Retirá el quimono con cuidado para no mojárselo e introducirá la mano en el agua fresca y tranquila. Cerrará los ojos y recordará. Evitará llorar por la ausencia del padre, más reciente que la de la madre, tan hundida esta última en tiempos remotos.

Haru se descalzará justo al coronar el tercer escalón, el último. Dejará allí sus sandalias en una posición que sería capaz de reproducir con la memoria si alguien le preguntara sobre ella horas más tarde. Atención, atención, atención. Nadie puede llegar a saber nada si no da importancia a cada cosa.

El padre no podrá recibirla con un cuenco repleto de fruta recién cortada. Tendrá que imaginarlo, la hija, deberá adivinarlo, extrañarlo incluso. El cuenco estará allí vacío, apilado junto a otros. Habrá acumulado luz y polvo y sombras. Apenas algunas gotas del agua con que tantas veces lo habrá lavado.

Haru abrirá todas las puertas para que entren la claridad y la fresca de las primeras horas de la tarde. Y él la perseguirá

invisible a todas partes con esa curiosidad a medio camino entre el cuidado incondicional y el juicio amoroso que sólo un padre o una madre pueden sentir por el ser humano que ofrecen al mundo.

La hija llevará hasta su antiguo dormitorio el sucinto equipaje con que habrá viajado y allí detendrá la mirada como si fuera a descubrir algo, como mira hacia el horizonte quien navega, a la espera de que aparezca la tierra, el lugar donde reposar antes de seguir, donde reponer todo lo que se ha terminado y de nuevo se necesita.

¿Qué estará buscando Haru si no una señal? ¿Por qué otra razón iba a volver? Caminará hasta la escuela, en la parte trasera de la vivienda, la gran biblioteca de diez tatamis donde Osamu ha recibido a sus alumnos de caligrafía, donde ha pasado horas de meditación y de lectura, donde se ha encargado de redactar cartas para tantos vecinos ajenos al arte de la escritura. Esa sala donde Haru lo ha visto tantas veces, donde lo ha espiado, escondida tras la fusuma apenas entreabierta. Y Osamu recordará en cuántas oportunidades elevó la voz para que Haru escuchase lo que debía aprender sin que él se lo enseñara directamente. Las lecciones de los

padres pocas veces son bien recibidas por los hijos, cuya naturaleza, si es sana, debe mostrarse rebelde.



La recibirá el aroma de la paja seca, de la madera vieja. Los crujidos de la tarima al andar, como mensajes lejanos. La energía de voces pasadas, de numerosos trazos. De la tinta tanto tiempo callada y los pinceles limpios y dispuestos. Del papel por estrenar y de los cuadernos repletos de las notas que Osamu ha ido tomando año tras año.

Allí es donde la va a esperar el libro de las meditaciones. Lo va a descubrir en cuanto se acerque al lugar que más le gustaba investigar de pequeña, el secreter chino donde Osamu guardaba dibujos de caballitos de mar junto a los instrumentos necesarios para fabricar la tinta. Mientras él trabajaba, ella coloreaba aquellos corceles marinos que parecían salidos de la fantasía.



Allí se acercará su hija, abrirá las puertas lacadas en que dos grullas separadas por la cerradura conversan acerca de lagos secretos, y descubrirá la *Teoría de la resta*. Tardará en tomarlo entre sus manos, pero acabará por hacerlo, porque

todas las personas necesitan ver el mundo de vez en cuando a través de la luz de ojos ajenos.

Añorará al padre, que no podrá mandarle certeza alguna. Osamu sabe ahora mientras escribe que tendrá prohibido cruzar esa frontera, que no podrá regalar a la hija la señal definitiva, la que le demuestre al fin que sí, que todos esos años desde su muerte habrá estado en cada gesto tras el que a ella le habrá parecido adivinarlo. Aquel día en que la ventana se haya cerrado de golpe sin que mediase viento alguno, la noche nublada en que sin embargo haya cruzado el cielo una estrella fugaz justo ante su atónita mirada, ese instante en que haya estado a punto de ahogarse en el mar y unas manos invisibles la hayan cargado hasta la orilla, un día en que las hebras del té hayan dibujado el nombre de su madre. La tinta que no haya manchado nada al derramarse sobre uno de sus trabajos más delicados, la compañía indescriptible en las noches más largas. Su voz, a veces. Su olor, otras. No podrá decirle que habrá sido él, siempre, quien la habrá cuidado sin tregua. No podrá confesarle que serán sus mensajes, sí, cartas escritas en el aire, soplos de esperanza. No podrá decirle que volveremos a vernos, sí. Es así, debes creerme. Y a tu madre, la tengo aquí conmigo, ella está to-



avía en un lugar desde el que no puede enviarte muestras de su presencia. Lo hará. Lo hará antes de que vengas y vas a necesitar fe para creer en lo que sientes pero no ves. Para creer en lo que muchos sienten aunque no lo vean. Aquí estamos, Haru. Y aquí vamos a estar.



Eso va a decirle en silencio mortal y Haru va a saber sin saber, va a saber antes de saber y ese conocimiento va a instalarse como una llama en su corazón, y con esa llama encendida va a leer las meditaciones, la hija anciana va a leer el libro del padre anciano y de ese modo agua y hielo, hielo y agua serán posibles juntos y a la vez.





SEGUNDA PARTE
Teoría de la resta



Simplificar. No es tan complicado. Observar sin sumarnos o, lo que sería igual, observar una vez hecha la resta de nosotros. El juicio no es una herramienta. Es un arma de defensa. Y de ataque. Es la declaración de la guerra. Con los otros o con uno mismo. El juicio, como el miedo, es una opinión. Restar es el sistema impecable. Implacable.

¿Cómo restarnos? Consiste en el ejercicio de imaginar lo que vemos como si nosotros no existiéramos. Como si nuestros ojos y nuestro cuerpo y nuestra historia no estuvieran. Como si no hubiera nada con lo que nos identificáramos. Ni objetos ni personas ni ideas. Se trata de despojar a la realidad de nuestra presencia. ¿Qué provoca nuestra entrada en escena? Si lo que produce es incomodidad, es que no hemos dejado fluir las cosas y que nos hemos impuesto. No es aquel el lugar que nos conviene. No es aquel el lugar al que le convenimos.



Simplificar. No es tan complicado.

Una cabaña. Un océano. Un bosque. Un mar legendario.
O inventado. Cuya existencia es suficiente al pensarla. Y
ese océano que brama y lanza olas verdaderas a una orilla
cuya arena se endurece y soporta el paso, los pasos para
acompañar el extraño momento en que la noche ya no es
noche y en que el día todavía no es día. Ser y no ser. La gran
intuición del misterio.

Un voluminoso carro avanza por el camino. En línea recta.
Nada ni nadie a la vista. La velocidad la imprimen en parte
los caballos y en parte la cantidad de objetos que se amon-
tonan en los remolques.

Un imprevisto. Es necesario frenar. Un imprevisto. Es im-
posible frenar. No hay modo de amortiguar la fuerza con
que empuja e insiste todo lo acumulado, todo lo que se
guardó y no se soltó y ahora impide decidir con libertad el
movimiento correcto, que es la quietud.

Se atropella y el atropello es tan injusto como inevitable. El
atropello se suma al remolque y se convierte en más lastre.



El carro habría volcado al frenar. Habría perdido su carga-
mento el carro al frenar. Habría chocado a saber con cuántas
cosas el carro al frenar.

El carro debe seguir.

La necesidad de frenar y no haber podido.

La mente intranquila acumula.

La mente quieta no acumula.

